

En la sesión siguiente el Dr. Silva Riestra pronuncia la siguiente Conferencia de incorporación:

Moral y Política

por el Dr. Silva Riestra

Hace 23 años se reunieron, en el salón del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, varios “profesores y hombres de estudio”. Muchos de ellos han muerto: Gregorio Aráoz Alfaro, Daniel Cramwell, Marcelino Herrera Vegas, el general Martínez Pita, Rodolfo Rivarola, José Honorio Silveira, José Evaristo Uriburu y Rómulo Zabala; pero están con nosotros, el doctor Bioy, el Dr. Castex, el Dr. de Gandía y el Dr. Garbarini Islas.

En esa circunstancia habló el Rector: era Vicente Gallo maestro de dos generaciones, abogado eminente, ciudadano probo, austero hombre de gobierno en cuyas ideas y palabras se prolongaban el pensamiento y la elocuencia de Delfín Gallo, su memorable antecesor, en el Parlamento.

“Yo los saludo y los felicito —díjoles ese día—: van a constituir la Academia de Ciencias Morales y Políticas, adhiero complacido a la acertada iniciativas y acepto formar parte de la misma...”

El Dr. Rivarola, jurista y escritor a quien tanto debe la cultura del país explicó, antes de señalar las finalidades de la Academia, que la iniciativa era del Dr. Gandía, infatigable investigador de cuya pasión por la verdad histórica ha dado

ilustradas pruebas, y del Dr. Garbarini Islas, sistematizador del derecho rural.

Desde entonces el artículo primero de los Estatutos establece que la Academia tiene por fin unir a las personas con aptitudes demostradas en estudios sociológicos, políticos, filosóficos, jurídicos e históricos que se relacionen con las Ciencias Morales y Políticas e intensificar esos estudios y particularmente los que se refieren a los problemas de la República Argentina y a la Constitución Nacional por medio de cursos especiales, conferencias, comunicaciones y publicaciones.

En 1939 Genaro Dumas, por todos admirado y querido, sabio y noble amigo de la Argentina, escribía al Dr. Bioy recordando que Boutmy había fundado en 1871, el Colegio Libre de Ciencias Políticas proponiéndose decía “formar hombres que se dedicaran a la vida política o a las grandes carreras del Estado y que constituyeran los cuadros políticos y administrativos de la Nación...”. “El éxito —explicaba el generoso pensador en la carta al Dr. Bioy— ha sido muy grande no solamente en Francia sino en toda Europa y el Colegio de Ciencias Políticas tiene hoy más de mil estudiantes franceses y extranjeros”. Por cierto nada había exagerado en la referencia de Dumas sobre aquel antiguo colegio cuyas puertas centenarias se abrieron en la rue Saint Guillaume 27 para dejar pasar a tanto preclaro ingenio.

La vida de la institución fué desarrollándose bajo la presidencia del Dr. Rivarola hasta que en 1943, al desaparecer este eminente publicista le sucedió el Dr. Bioy a quien correspondió solicitar y obtener de las autoridades nacionales el reconocimiento de la entidad.

Aclarado debidamente que ese reconocimiento no le atribuía carácter oficial ni relación alguna de dependencia del Poder Ejecutivo se precipitaron hechos, que no vamos a mencionar en sus desagradables detalles lesivos de la dignidad del país de entre los cuales no fué el menos destacado el propósito de crear un Senado Académico a cuyos miembros no elegirían las Academias sino el entonces presidente y ahora estante y habitante —como decían las antiguas leyes españolas— en la Villa Corte de Madrid...

En mayo de 1948 en nombre de los fueros que asisten a la conciencia de los hombres libres, la Academia —con la firma del Dr. Bioy— le hizo saber al dicho P. E. que ella prefería seguir actuando en su obra silenciosa de investigación y de especulación científica en las disciplinas propias de su incumbencia y por tanto según las textuales palabras “renuncia a los beneficios del reconocimiento del año 1943”.

En 1950 una vibrante declaración dirigida a la Corte Internacional de Justicia sobre el derecho de asilo —en el caso de Haya de la Torre en el Perú— y en 1952 su categórico rechazo de la ingerencia del Gobierno en las actividades de la Academia revelaron la proximidad de su fin: en ambos actos encabezan las notas el presidente Dr. Bioy y el vicepresidente monseñor de Andrea diciéndose en la última de esas resoluciones estas palabras ejemplares: “La Academia de Ciencias Morales y Políticas se siente vulnerada en los fines que determinaron su fundación y resuelve disolverse por que considera que toda protesta sería vana...”: Dios mediante dejó de ser vana el 16 de setiembre de 1955.

El 23 de diciembre de ese año reanudó sus tareas y procurando que la continuidad del esfuerzo permitiese recuperar todo el tiempo en que fué silenciada, emprendió, de nuevo, el camino... A la ya mermada columna hemos sido llamados algunos que, como en mi caso, apenas si traemos un deseo vehemente de trabajar para ser merecedores de participar en tan alta labor de los predecesores.

Quería decir esto, antes que nada, quería explicar que así nació, así trabajó produciendo estudios meritorios y propiciando eruditas conferencias así fué reconocido y después desconocido y a más ofendido, por gente de mala fe, un grupo honorable de hombres de bien que al crear esta Academia quiso que como en la fundada por Emile Boutmy, pudieran ser estudiados los temas atinentes al Estado, a la Ley, a la moral, a la política... Y pues hay que recordar a los que se fueron antes de que viniésemos y a los que, luego, nos han recibido, la primera evocación, de todos los ausentes, sea hecha en la memoria de monseñor de Andrea cuyos últimos días fueron como el apacible extinguirse de la llama titilante de un cirio consagrado al altar y que la solidaridad —retrospectiva, diré— con la serena energía de la mesa directiva —y de toda la Academia— durante 14 años sea el reconocimiento al definido decoro académico del Dr. Bioy, el mejor de todos nosotros.

No fué solamente la escuela libre iniciada por Emile Boutmy la que difundió la necesidad de capacitar a las nuevas generaciones de los pueblos de todo el mundo en el manejo de la cosa pública estudiando, como en tan famoso instituto administración, economía y hacienda pública y privada, historia parlamentaria, historia diplomática, a través de las sabias lecciones del ilustre fundador, de lo de Leroy Beaulieu —Paúl y Anatole Stourm, Sorel y Renault escuchadas por embajadores, parlamentarios, hacendistas, jueces, cónsules, soldados y marinos—.

Aquella Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas en que tuvieron asiento Odilon Barrot que el Vizconde de Cormenin inmortalizaría con su elogio, Jules Simón, Bernardino

de Saint Pierre, Cambaceres, Sieyes, Dupont de Nemours, todo el pensamiento francés que continuó manteniendo a París como la Capital intelectual del mundo, conservó su nombre, sus costumbres, sus títulos, sus ceremonias yendo en corporación todos los años a la Capilla del Louvre a oír la misa del día de San Luis y, con la responsabilidad de pasados y gloriosos tiempos, tuvo fija la mirada en ese presente y en el porvenir de la patria inmortal: es el derecho, es el deber que la tradición impone a los grandes pueblos.—

Mucho más tarde España fundó su Ateneo creando, allá por 1835, una sección de Ciencias Morales y Políticas, vástago del tronco vigoroso en que más de una vez, buscaron apoyo sus monarcas y sus Cortes, tal en 1821, al ser consultada sobre el famoso código penal de 1822, ilustre corporación que ha incorporado a varios de nuestros compañeros como el socio profesor Dr. Castex la Academia Nacional de Ciencias Políticas de Ginebra.—

Nosotros también tuvimos, no una Academia ni un instituto de esa índole y sí solamente un modesto Colegio.

Existía en Buenos Aires desde 1817 uno llamado “de la Unión del Sud” creado por Pueyrredón. En 1823 lo denominaron “Colegio de Ciencias Morales” algo parecido al memorable Colegio San Carlos aunque con enseñanza de mayor categoría y extensión. Señalan los cronistas un aspecto importante de esa organización —sencilla pero no rudimentaria— y animada por un propósito elevado: el de hacer desaparecer las diferencias entre los alumnos de Buenos Aires y los alumnos del interior uniéndolos en tornos de los principios rectores: destruir el egoísmo producto de la educación aislada; cultivar la educación civil, la amistad, “suavisar” —dice— “la separación de sus familias” y respetar la sociedad. Al final del año había premios para los mejores en matemáticas, jurisprudencia, teología, gramática latina y francesa, moral... Sabemos poco, muy poco de orígenes semejantes de nuestra cultura, y de los esfuerzos de los gobernantes de la época que, como Santos Ortiz, de San Luis, escribía al de Buenos Aires: como cerca de 30 años hemos estado sin escuelas de primeras letras y aquí van esos seis jóvenes que manda el pueblo de San Luis a educarse en Buenos Aires”...

Venían, después de larga y fatigada travesía, entraban a un mundo desconocido, vestíanse con uniformes como sus demás pequeños compañeros cuyo recuerdo evoca en los desfiles del ilustre colegio de Eton —la precoz gravedad de los niños en traje de etiqueta, hábito no ajeno a la ceremoniosa urbanidad de las buenas costumbres provincianas, casi del todo olvidadas, si por ventura, en alguna sala de antiguo hogar, no reaparecieran, acendrados por los años, el señorío y el decoro...

En las construcciones filosóficas de los antiguos tiempos “moral” y “política” eran conceptos inseparables. Entonces, cuando la totalidad de los conocimientos se llamaba filosofía, cuando sus cultores ocupábanse de todos los problemas humanos y sus soluciones se elaboraban partiendo de la observación, la simple y fecunda observación en que Pitágoras veía tres modos de vida, correspondientes a tres distintos estados del espíritu, uno de éstos —el estado teórico o estado contemplativo— acercaba al hombre al ideal perfecto del sabio que, por serlo, era también el perfecto ciudadano.

¡Qué estéril, qué vana hubiera sido en la ocasión, la pregunta que veintidós siglos más tarde se formula Maquiavelo en la dedicatoria a Julián de Médicis interrogando “si está permitido a un particular dar lecciones a los gobernantes...”! ¡Qué estéril, qué vano hubiera parecido decirles a los varones griegos: “quiénes se hallan en los valles pueden ver muchas cosas que no son notadas desde la altura...!”

¿Acaso no habría de afirmar Metternich, con intuición admirable y profundo y largo conocimiento de los reyes y de los súbditos, de los poderosos y los plebeyos “a veces la revolución está ya hecha en el palacio cuando apenas comienzan sus preparativos en las masas” y no porque el director de la política europea —durante 30 años— se refiriese al hecho material del movimiento armado sino a la circunstancia de que —por perfidia o por torpeza— el gobernante había preparado en su gabinete, la revuelta, creando en el pueblo los factores que la provocarían?

Esta identidad del ideal ético y del ideal político, tuvo expresión doctrinaria en el platonismo. El platonismo consustanciaba la virtud republicana con la educación y se deleitaba imaginando contemplar un estado erigido por la ciencia o por la perfección moral nacida del respeto a las leyes. Pero, advertido de que esto no era bastante, de que la perfección humana es tan sólo continente, aprueba que los hombres hállanse precisados a recurrir a los medios ordinarios de la política.

Como sobre un trípode esta fórmula se sostiene en la fuerza de la virtud, en la solidez de la educación y en la suprema aspiración que se llama patriotismo.

Por supuesto esta concepción hállase muy distante del fanatismo hipócrita que, pues advierte inmoralidad y vicio en todas partes, hácele decir al filósofo francés: “haría con gusto el vacío en el universo no dejando a la justicia nada más que el gobierno de un desierto...”

Cuando se habla de una “filosofía política” como si ella fuese una ciencia —la ciencia del estado— visto en su natura-

leza, en sus leyes, en sus formas esenciales, tendiendo a precisar las condiciones y los principios que informan su desarrollo se realiza —en la síntesis del pensamiento— la fusión platónica de la virtud moral con la virtud republicana, anhelo admirable pero ciertamente quimérico...

Esa y no otra es perenne vivencia del pensamiento antiguo pese al planteo de Tomás Hobbes cuando afirma que “puesto que la Ciencia del Estado vuelve la espalda a la vida, debe la vida salir al encuentro de esa ciencia requiriéndole que se modernice...”

“De qué me sirve la filosofía” —decíase San Bernardo de Claraval— “mis maestros son los apóstoles que no me han enseñado a leer a Platón ni a descifrar las sutilezas de Aristóteles, ni a estudiar constantemente sin llegar a conocer la verdad, pero los Apóstoles me han enseñado a vivir... Y el Santo nos interroga “¿creeis que es poco saber vivir?... ¡Es lo más grande que existe!”...

Razón le sobra, más solamente en cuanto los griegos no alcanzaron a penetrar el enigma pues no descifraron la verdad que buscaban aunque —con el mero hecho de buscarla— descubrieron y proclamaron, ante el escepticismo universal: moral y política son una sola y misma cosa.

Janet —Paul Janet— desde la profundidad luminosa de su espiritualismo filosófico, enseñaba: “a los políticos podemos concederles que la moral perfecta es imposible pero, por ello no es menos verdad, que esta honradez perfecta debe ser la ley de sus acciones y que cuanto de ella se separa es reprobable...” razonamiento inatacable a que da término creyendo que “afortunadamente el mundo no está reducido a la alternativa de perecer o de practicar la justicia porque del ejercicio de la justicia depende la duración del mundo...”

¿Cuándo se empieza a hablar de la moral y de la política como sistemas diferentes y, por lo tanto, cuándo se comienza a considerar si son conciliables o no, si se apartan, si en algún modo se rozan o entrechocan o se superponen?

Es necesario que el pensamiento llegue al instante en que la razón calculadora de Copérnico, de Képler, de Galileo transformen a la humanidad en solo un episodio de la historia universal y que la visión trascendente que —hasta entonces, admitían la religión y la filosofía—, dé paso a la visión inmanente de los sistemas naturalistas; que Hugo Grocio afirme, exaltadamente, que ni el mismo Dios puede alterar los conceptos universales e inmutables del derecho, reflejos perdurables de la naturaleza humana y que Descartes —este Descartes

es el del siglo dieciocho y no el que firmaba con tal seudónimo hasta el 16 de setiembre de 1955 desde cuya fecha no se lo ha vuelto a ver...— y que Descartes procurara el conocimiento racional del mundo para que la metafísica panteísta declinase ante la metafísica naturalista.

El eco de estas ideas es la introducción a Maquiavelo para quien “moral” y “política” son términos distintos, órdenes diferentes tal, como para ciertos autores de jurisprudencia “moral” es una cosa y “derecho” otra, que no estarían unidas y sí, apenas, en alguna proximidad.

Desde entonces la moral es algo diverso que no gravita, que no impone a la conciencia y a la acción políticas el grave paso absoluto de los imperativos categóricos y no meramente hipotéticos: por eso dice Maquiavelo, es razonamiento seductoramente peligroso por su apariencia de verdad, “no cabe duda que lo mejor sería que los hombres fuesen siempre buenos pero como de hecho, no lo son, el que quiere ser bueno —en medio de los malos— está seguro de convertirse en víctima de éstos y si no engaña será engañado y si no emplea la violencia, en tiempo oportuno, caerá bajo los golpes de la violencia...”

Maquiavelo, más inteligente que pérfido, que tenía ideas pero que no tenía fe, antes versado en el conocimiento del mundo que en el conocimiento de los hombres, trae algunos ejemplos: Alejandro se hace pasar por Dios; Rómulo mata a su hermano; César traspone el Rubicón, Augusto finge abdicar el trono del imperio para asegurárselo del todo para sí y no hagamos más cuenta de la larga serie con Felipe el Hermoso y Fernando el Católico y Luis Undécimo y los Borgias y los Médicis y hasta el generoso Enrique IV que compra París al precio de una misa: ¿habéis visto, habéis visto —se pregunta Nicolás Maquiavelo— uno solo que no haya empleado para triunfar todos los medios, ora la astucia, ora el crimen?

Una es la hipótesis: es aquélla. Otra es la demostración: es ésta, revelando todos los padecimientos de los pueblos a lo largo de su historia que, a estar al escéptico realismo del filósofo italiano es, ni más ni menos, un catálogo universal de las mentiras de los gobernantes.

¿Dónde se encuentra la verdad?: La moral ¿absorbe a la política o la política le hace rendir tributo a la moral?

Aquí están los dos: Platón y Maquiavelo. Con sus nombres ha hecho el mundo “dos sustantivos” “Platonismo” y “Maquiavelismo”, lo más recto y lo más repudiable, lo espiritual en esencia y lo material en sustancia, aquello —que parece incon-

sútil por ser purísimo— y esto que sugiere la sensualidad de la evidencia grosera.

Discípulo de Sócrates, herido, hasta el alma, por la condena a muerte de su maestro, dictada por un gobierno democrático, Platón, de extracción aristocrática, echó a andar de ciudad en ciudad, misionero de dos verdades políticas eternas: “la ley es un hilo dorado”, “sin ley el hombre no se diferencia del animal salvaje...”

Empleado en el consejo de los Diez —Dieci di libertad e pace—, venido de una discreta familia de Popolani, Maquiavelo ha estado con los Borgia, es encarcelado cuando los Borgia caen, tiene enseñado al pueblo —en “Dicorsi sopra la prima deca di Tito Livio” el modo de defenderse de los poderosos pero sirve al vencedor y en el “Príncipe”, —dedicado a Julián de Médicis— dicta la lección desdolorosa “el fin justifica los medios”, fórmula cínica, primer mandamiento de cuantos envilecen el poder provocando la destrucción moral de los ciudadanos.

Platón y Maquiavelo resurgen todos los días de la vida, en el alma del hombre, en su sacrificio social, en su permanente antagonismo con la fuerza del Estado.

25 siglos los separan pero 2.500 años son apenas un minuto, los separa concepción moral tan distinta en uno y en otro como son distintas, opuestas, contrarias, dos especies de seres absolutamente diferentes.

Que Platón haya nacido en 427, antes de Jesucristo, y Maquiavelo en 1469, es un antecedente que sólo cuenta en los cálculos anuales del calendario: lo perdurable ha sido, y sigue siendo, la proyección de sus filosofías en la conducta humana.

“Amigo mío” —dice la carta de Kierkegaard en el primoroso estudio sobre “Estética y Ética” —*estética*, aquello por lo cual un hombre es inmediatamente lo que es y *ética*, aquello por lo cual *deviene* lo que *deviene*— “Amigo mío: te repito lo que tantas veces te he dicho o más bien te lo grito: “aut-aut” esto es: lo uno o lo otro...”

Nietzsche, refiriéndose a la relación entre la ética y la ciencia política, formula una admirable observación: “el fraude del ideal ha sido siempre el azote de las realidades y ha envilecido a la humanidad haciéndola llegar hasta la adoración de los valores contrapuestos a los que garantizan la prosperidad en el futuro y el alto derecho al porvenir...”

Empero, algo perdura de aquella antigua unión entre ética y ciencia política; ese algo es la fuerza imponderable de la idea

—producida por la moral— y que se opone a la realidad deleznable de alguna política.

Es Kant, en verdad, y para ventura de la raza de los hombres honestos, quien plantea el problema en su justo significado y propone la solución.

La moral, dice, es una práctica y en sentido objetivo es el conjunto de leyes obligatorias, sin condición, de acuerdo a las cuales *debemos* proceder nos ofrece pues el imperativo categórico del deber; por eso afirma que *debemos* proceder...

Si el maestro de Koénigsberg expone lo relativo a la moral expondrá también lo referente a la política y lo hace diciendo: “la política aconseja: sed astutos como la serpiente...” pero la moral agrega a esa prevención una condición limitativa: “sed cándidos como la inocente paloma” resultando entonces, que ambas enseñanzas o entran en un mismo precepto o se contradicen. El término medio es inaceptable, no cabe: o coexisten o se excluyen; o política y moral tienen que estar unidas o polí-

Cuando el moralista, al realizar sus ideales se equivoque —y se haga déspota atacando la prudencia política, con medidas gubernamentales precipitadas, la experiencia —dice Kant— rectificará esas ofensas y concurrirá a encaminarlas por la buena causa.

Y cuando el que se equivoque sea el político, ese que construye una moral para excusar los principios de gobierno más ofensivos al derecho, serán estos malos principios los que, en realidad, perpetúen la injuria a la equidad haciendo imposible todo adelanto o mejoramiento.

Frente al moralista que yerra de buena fe, frente al político cuya avilantez le sugiere tortuosos procedimientos y deshonestos fines el filósofo toma posición y dice: “yo concibo un político moral es decir uno que tenga en cuenta los principios de la prudencia política compatibles con la moral pero no puedo concebir un moralista político es decir uno que se forje una moral ad-hoc, una moral favorable a sus conveniencias”.

Llegado a este punto Kant señala tres máximas políticas inmorales cuya generalización les ha otorgado carta de ciudadanía en algunos países y entre algunas gentes, de conciencia liviana, que han concedido vacaciones a la verdad...

Fat et excusa, la primera; es la teoría de la situación creada, el “fait accompli” de los franceses. Kant explica que con esa impúdica teoría creen que es más fácil y suave la legitimación

del hecho ya producido: la fuerza se justificará cuando la potestad interna es, a la vez, autoridad legisladora a quien hay que aceptar sin disputa.

Hace veinte años el sistema reapareció en el Tercer Reich donde seguía, al pie de la letra, la observación: “conviene más hacerlo así que no empezar buscando razones convincentes y discutiendo las objeciones contra ellas. . . El Dios del buen éxito es luego el mejor abogado!

SI FECISTI NEGA, la segunda; es la más cínica de las tres. Si lo hiciste, niégalo, principio audaz que suele tener una variante bastante conocida —y que es más formal que esencial— la que puede expresarse de esta manera: “nada es verdad hasta que no está oficialmente desmentido”. Niega los vicios de tu gobierno, niégalos; niega que tú seas culpable y afirma que se trata de resistencia o desobediencia de los ciudadanos. . .

DIVIDE ET IMPERA, la tercera; es sin duda muy dificultosa de practicar pero, más que ninguna, reporta evidentes utilidades políticas, comenzando por la muy importante de que asegura la permanencia en la situación o posición conseguida. Si las operaciones de división han de realizarse, en el Parlamento, el *modus operandi* es uno pero si se ha de dividir a la oposición de partidos políticos, el procedimiento es otro; más, en ambos casos, el resultado perseguido es el mismo: aniquilar al adversario, mediante un proceso de debilitación de la calidad o cantidad de sus fuerzas. Kant dice: si en tu país hay ciertas personas que te han elegido por jefe —*primus inter pares*— trata de separarlas, trata de enemistarlas con el pueblo; pero, enseguida, ponte del lado del pueblo haciéndole concebir esperanzas de que tendrá mayor libertad y de tal modo, según tamaño principio, lograrás que todos te obedezcan totalmente.

Recordando que Kant murió hace 150 años es fácil advertir que esta forma de la inmoralidad tiene antigüedad secular. . .

Pero se dice “inmoralidad política” y tenemos que saber primero si la inmoralidad está en la política o en algunos políticos.

La política no es inmoral; ¿cómo habría de ser inmoral la actividad tendiente a procurar el mejor orden, la paz, el bienestar, la ventura de las colectividades formadas por los hombres?

La ciencia no es inmoral tampoco; ni del arte; lo son en cambio los científicos que practican la ciencia con medios —o para fines— carentes de ética, los artistas que se sirven del arte haciéndolo contribuir a designios inferiores.

Ninguna actividad humana originariamente lícita, es —en sí— moral o inmoral.

Abstracta, idealmente concebida la política no es más que esto, no es más que lo que es: una actividad; la intención, el propósito, la voluntad del hombre atribuye a esa actividad un carácter u otro y la define.

Entro a una armería, compro un arma; en esa actividad mía, mi conducta es indiferente, inatacable, es irreprochable: será moral si empleo el arma para distraerme en una cacería y será inmoral si la utilizo para dar muerte a otra persona.

La política —en cuanto ordenamiento sistematizado de principios para gobernar con sabiduría a los hombres “procurándoles paz, abundancia, orden, justicia, y ley, en lo interior, y seguridad, estabilidad y dignidad en sus buenas relaciones con los de otros lugares tiene su contenido en su propia finalidad”.

A este ordenamiento de principios puedo emplearlo en mira de asegurar la felicidad de los demás pero, también, puedo emplearlos expoliándolos en mi beneficio o en beneficio de un sector que —por cierto— no será el sector desafecto.

De ese conjunto de preceptos —inconcretamente considerados— no puede decirse que es malo, no puede decirse que la política es mala, pero hay el derecho —a veces transmutado en deber— de decir que el malo es el que los utiliza con maña en los recursos y artería en los propósitos.

La política es común a todas las formas de gobierno; el proceso de captación de adeptos es procedimiento de realización invariable y desde la antigüedad más lejana, viene manteniéndose sin otras modificaciones que las consiguientes a la modalidad de cada país, la educación de su pueblo y su grado de prosperidad y cultura.

Acaso pudiera decirse que, en la política, se manifiesta un aspecto del espíritu gregario de los hombres, mantenido de tan constante modo que la expresión de la voluntad revela desde antiguo tal parecido, analogía y a veces identidad, que no se advierten diferencias apreciables entre el pasado remoto y los tiempos presentes. Y lo que ocurre, con ese aspecto de la referida actividad, ocurre con cuanto con ella se relaciona incluso, desde luego, con el crimen político.

El más grande, el más terrible e inicuo de los procesos que conoce la humanidad es el proceso político seguido a Jesús de Nazaret imputado del delito de sedición...

La política, sus manifestaciones, los males que ha producido la actividad de algunos que la practican es tema inevitable y materia de urgente examen, estudio, comparación y crítica.

En momentos de cansancio —dice Balmes—, de cansancio y disgusto, nadie quiere hablar de política.

Es evidente que una profunda, una acentuada desjerarquización de la actividad política se viene operando, particularmente en países como el nuestro y se viene operando por el alejamiento, más categórico que nunca de la moral y la política.

La política nos interesa a todos explica el filósofo español porque se roza con todo. “Si los políticos —dice el fraile eminente— fuesen una academia de aficionados que se solazaran discutiendo, bien podríamos olvidarlos pero ocupan, alternativamente, las sillas del mando, disponen de la fuerza pública, resuelven altas cuestiones que afectan a lo actual y a lo venidero, imponen tributos y —lo que es más— los recaudan: no es dable prescindir de lo que hacen por que a todos nos tocan sus obras y sus palabras:” frente a tan exactos y sensatos juicios francamente, señores, da miedo pensar en todo lo que pueden hacer los políticos aunque da mucho más miedo pensar en lo que a veces hacen...

“No quiero preocuparme de la política”: así hablan algunos, sigue diciendo, pero el hecho es que los sucesos nos fuerzan a hablar y para convencernos de su razón Balmes pone este ejemplo: “si el edificio arde, no vale permanecer tranquilo en un departamento imitando al literato quien, avisado de que había fuego en la casa, contestó muy sereno: “díganse lo a la señora que es la que anda con los asuntos caseros”, encargo que, ahora, no podría transmitirse porque la señora también tiene, actualmente, sus derechos políticos y vaya a saber si mientras se quema la casa no está votando...

La vida política, enseña nuestro autor, debe acomodarse a leyes morales, el arte de gobernar no es más que la razón y la moral aplicadas al manejo de las naciones...

Joaquín V. González recordando el discurso de Cleveland ante tres mil estudiantes, el discurso famoso llamado “Nuevo sermón de la montaña de la democracia”, dicta una sabia y breve lección a los políticos con cuya síntesis me decido a iniciar las referencias a concretas prácticas políticas nuestras.

Corresponden a los hombres políticos —dice el grande argentino— deberes educadores: “educar, conducir hacia destinos superiores, imperturbables eternos y siempre patrióticos la masa común de la sociedad humana, unir a la juventud en un

solo ideal que no pierda de vista este destino general y único, que debe seguir la nación, en el tiempo y hacerla inmortal, imperecedera... También es esa, concluye, la gran misión de todos los elementos intelectuales de nuestro país...”

Sarmiento y Alberdi iban al mismo fin pero por distintos rumbos: ellos se han encontrado en la eternidad de la gloria y si ahora volviesen para ver qué ha sido de sus enseñanzas Sarmiento exclamaría: “Quise educar al soberano para educar a la democracia en medio de la libertad sin tumulto” y sus ojos se cerrarían de nuevo porque al soberano, en vez de educarlo, se lo adula, porque la libertad ha traspuesto las barreras del orden y la autoridad están constantemente enfrentada con la licencia, convertida en un hábito...

Alberdi abriría uno cualquiera de sus libros y diría: “les „ he explicado que es preciso mejorar la condición moral de „ la sociedad porque de ella depende, y no del suelo, la produc- „ ción de la riqueza; les he dicho que desinfecten y salubrifí- „ quen la complejión social, como se hace con la condición fí- „ sica, único medio de curar el mal de la crisis que es moral y „ social, como los fenómenos de la riqueza y la pobreza” y ¿qué „ es lo que veo? Un pueblo en el que se fomenta el juego con „ irrupción increíble de ruletas, loterías, quinielas, hipódro- „ mos... “y aquella mano crispada que escribió tantas páginas „ magníficas, señalaría un lugar cercano del océano diciendo “en „ pocos días se han jugado aquí 1.100 millones de pesos y allí, „ señalando otro sitio, se han apostado, en pocas horas, cente- „ nares de millones en el circo de carreras...” y Alberdi tam- „ bién cerraría sus ojos enrojecidos por una cólera patriótica...

Nadie ignora todo esto; pero nadie dice nada; salvo los diarios que iluminan la conciencia popular con su prédica generosa.

¿Es ésta —nos preguntamos— situación aparente para esperar ayuda económica a un país cuyos habitantes dilapidan sus fortunas, sus sueldos, sus fondos en el torpe vicio del juego?...

Señores:

En la historia política argentina se destacan hombres y hechos que son motivo de orgullo nacional pero cuentan también episodios que constituyeron, en su tiempo, duras lecciones, no siempre recordadas, cuyo contenido moral, pese a todo, no se ha debilitado con el correr de los años.

Varones ilustres han recibido, en vida, aquello que Zorrilla de San Martín denominaba “las credenciales de la inmortalidad”: la síntesis de todos ellos es Mitre, en quien, de modo

admirable se reunían, el talento, el saber, el honor, la prudencia y la energía.

Es cierto que los tiempos han cambiado y que distintos días han visto desenvolverse con patriotismo, en diversos escenarios, a hombres diferentes de aquellos que dieron lustre y decoro a las generaciones fundadoras de la libertad, de la independencia, de la organización, y del orden constitucional.

Actuaban en un país y en medio de un pueblo que no era el del presente.

Cuando a fines del siglo XVIII se exclamó “se sienten los codazos del Tercer Estado en sus esfuerzos por abrirse paso”, quién sabe si hubo tiempo de pensar —ante la caída de la Bastilla— que, aparecido el pueblo en el tablado del mundo, no lo abandonaría jamás.

El rango de la sangre cedió en lugar al rango económico: los señores y siervos se llamarían, después, patronos y obreros

La revolución del 89 decía, pomposamente, “ciudadanos” y 50 años más tarde se decía: “trabajadores”...

La realidad social de antaño se desdibujaba, en el fondo distinto de nuevas concepciones de la vida, y si alguien llegó a creer que a un estado de la civilización, atacado por masas obreras, había que sostenerlo con hordas de cosacos, la evidencia irremediable lo llamó a la razón aunque ese llamado estuviese teñido de locura: “es menester encolerizar a las masas”, se decía, “es necesario insuflar el odio en el corazón de los ciudadanos y excusar de antemano los crímenes que se cometerán más adelante bajo la influencia de las pasiones políticas desatadas”.

La voz de la sensatez fue la voz de un inglés “para que el palacio esté en seguridad, es necesario que la choza sea feliz” decía Disraeli al mismo tiempo que aparecía, en 1848, el manifiesto de Marx y para que el memorable Ministro fuese bien entendido añadió estas palabras de majestuosa serenidad: “con-
„viene recordarle a la nación inglesa que un partido revolucio-
„nario no es necesariamente liberal y que una República no
„es necesariamente una democracia: los derechos y las liberta-
„dades de una nación sólo pueden ser preservados por las ins-
„tituciones”.

Nosotros —señores— las hemos tenido, nosotros las tenemos, pero las instituciones como los mecanismos, que manejan las manos de los hombres, requieren idoneidad en quienes los emplean. Con la mejor voluntad del mundo un operario inex-

perto destruye la máquina puesta a su cuidado y un obrero apresurado perturba el juego de los engranajes y un trabajador de mala fe entorpece, de propósito, la regularidad de un funcionamiento sencillo.

El mal empleo de nuestras instituciones políticas ha sido el único motivo de las convulsiones colectivas y del creciente excepticismo popular.

Estuvo, en el país, hace algunos años, un filósofo alemán doblemente sagaz porque era filósofo y porque era alemán: en un trabajo de penetrante agudeza psicológica ocupóse de una situación frecuente, según él, característica del argentino y comentó aquello del “no te metás...” “No te metás” es la fórmula habitual que evita complicaciones de toda índole. Mucha razón le asistía al pensador germano pero me anima a creer que se quedó corto en las referencias (porque, anteriormente, Carlos Octavio Bunge había estudiado muy bien otras expresiones parecidas) y corto en la información porque al “no te metás” debió añadir ésta que tiene mucho que ver con nuestro tema: “haceme una gauchada”.

El que tiene derecho a algo no pide la “gauchada”. Si la pide es por uno de estos dos motivos: o porque carece de razón o porque, aún teniéndola, se la van a denegar.

Si carece de razón es él el que inicia el trámite inmoral. Y si tiene razón pero teme que le será negada el de la inmoralidad es el otro aunque el de la cobardía es quien formula el pedido.

Estas cosas definen —más que una modalidad transitoria— un estado duradero en que aparecen resentidos los resortes principales de todo organismo social.

Cuando se subvierten los conceptos primarios —que hacen a la honestidad— todo puede sobrevenir porque la falta de sanciones desequilibra el orden moral.

Y si el éxito político tiene semejante falta de sustentación no puede esperarse de él el respeto de ningún derecho.

Esa “gauchada” es el instrumento habitual del mal político y el conocimiento, hartamente difundido, de su constante empleo uno de los motivos que retrae de la política a sectores respetables y numerosos.

Perdida la fe en el derecho cualquier cosa es dable esperar del desengañado: la apatía con que aceptará no importa qué situación o la rebeldía en que explotará su decepción.

Y no hemos de creer, en modo alguno, que estos procedimientos más propios de la picaresca española, en cuanto se realizan en un submundo, estén limitados a determinada esfera social o a sólo cierto sector de la burocracia: la corrupción —y en otros aspectos, la corruptela— se manifiesta en todos los grados y cuenta con dolorosos antecedentes casi universales.

Cuando se habla de altas esferas de gobierno la memoria da con el terrible recuerdo de Lord Bacon, el desleal magistrado de la Corona, convicto, confeso y arrepentido de su conculsión.

Cuando se habla del diplomático logrero aparece, en la imaginación, el perfil inconfundible de Tayllerand.

Y cuando hay que mencionar la mala fe vienen de consuno, la elocuencia y la falsedad deslizándose, en el foro, bajo la toga de Cicerón...

“Conducir”, ha dicho Joaquín González, “a la masa humana hacia destinos superiores...” pero no se concibe una conducción hacia destinos inferiores. Sarmiento también amaba a la juventud; sus esperanzas las tenía puestas en ella y libraba luchas incesantes y violentas para apartarla de los malos ejemplos. “Imítadlo, jóvenes” —díjoles a unos estudiantes presentándoles el modelo de un hombre de bien—; “imitadlo porque escasea la verdad en nuestro mercado político...”

Y es necesaria esa prédica para alcanzar predominio moral en la política, por ser esta, hasta ahora, la única actividad que han encontrado los hombres en sus empeños de hallar un destino venturoso para la sociedad en que viven.

Los hombres políticos más destacados en todos los tiempos, han tenido, entre nosotros, esa suprema aspiración: no otra cosa pretendieron Adolfo Alsina, Leandro Alem, Lisandro de la Torre, Juan B. Justo, ni otro fue el ideal que levantó desde el gobierno Roque Sáenz Peña.

Adolfo Alsina —de cuya muerte Groussac ha dicho que hizo variar el rumbo político y social del país— Adolfo Alsina encarnaba un principio cívico de moral inconfundible que le dio fuerzas para vivir en el clima ardiente de las multitudes, sin ahorrarse sacrificios y quemándose a sí mismo para dar luz a los senderos del pueblo.

Alem despréndese de la vida con violencia estoica, ahogado por la incomprensión que oscureció sus días.

De la Torre, que una tarde cuenta en la Cámara, lo que Ibsen pone en boca de Stockman cuando el personaje toma en sus manos la cabeza delicada de su hija diciéndole: “¡tengo un gran secreto; he hecho un descubrimiento inmenso: el hombre más fuerte de la Tierra es el que está más solo!”, de la Torre, también interrumpe la marcha y busca, en la muerte, reposo para sus inquietudes cívicas...

Juan B. Justo trabaja, hasta el último instante de su vida admirable en la ciencia, en la política, en el Parlamento, en la realización, fundamentalmente moral, de sus finalidades sociales tendientes a dar nivel digno al trabajo humano.

¡Y todos ellos eran pobres, todos ellos podían levantar la frente donde otros tenían que bajar la mirada!

Estos son cuatro ejemplos de hombres políticos en quienes la acción cobró impulsos de moral estricta, a veces áspera, pero siempre revestida de imperturbable dignidad.

No fueron imputados de corromper el civismo ni de degradar las funciones públicas con la mentira: eran creídos porque decían la verdad.

La lección de estos hombres durará como el bronce de sus estatuas; durará más porque el bronce puede pulverizarse: durará, siempre, transmitida como un alto mensaje argentino de generación en generación.

¿Y Sáenz Peña, señores?

Sáenz Peña dio a sus esperanzas la forma definitiva de la realidad. Sáenz Peña hizo moral cívica desde la presidencia: no anduvo en pactos ni conciliábulos con nadie y comenzó por decir: “las entrañas de mi gobierno son estériles para concebir su sucesor”; ¡lenguaje de otros hombres en otros tiempos!

Sáenz Peña sabía que las provincias se dan sus propias instituciones y se rigen por ellas, pero también sabía que los gobernadores son, por disposición constitucional, agentes naturales del gobierno federal y no pasaba inadvertida —a su limpia conciencia de primer magistrado— la mínima alteración de las normas, no sólo constitucionales, sino también morales cuya observancia hizo obligatoria porque no quiso ser espectador indiferente de las burlas inferidas a los principios fundamentales de la democracia republicana.

Con razón se ha dicho que contemplar inerte las iniquidades que se cometen, es una inmoralidad enorme; no me di-

gais, señores, que esto no es impropia de un grado elemental de civilización política.

En tiempos moralmente azarosos —en estos tiempos de hoy— en que van, confundidos, los que son ricos y los que se han enriquecido; los que mantienen la irreductible decisión de rechazar halagos que comprometen todo, hasta la frugalidad honesta de la mesa pobre, en que aparecen, de repente, personajes desconocidos —o demasiado conocidos— en que, por fin, el firmamento, a que se levantan los ojos, es el presupuesto nacional, son necesarios los recuerdos de actitudes —esencialmente dignas— de algunos hombres políticos: eran hombres políticos que no decían que se sacrificaban por la patria pero que se sacrificaban por ella —sin decirlo— para no ser confundidos con los bribones que convierten el patriotismo en su último refugio.

Señoras y señores: fragmento del mundo, sufrimos cuanto el mundo sufre, pero —además— sufrimos nuestros propios padecimientos en medio del mal que, como la hidra, tiene muchas cabezas.

Los males les llegan a los pueblos de afuera y de adentro.

A propósito de los primeros, querría recordar algo sucedido en la Facultad de Derecho hace poco tiempo. Examinando a un alumno, el profesor le pregunta sobre cierto artículo del Código Civil que dispone, “el daño causado por un animal feroz —de que no se reporta utilidad para la guarda o servicio del predio— será siempre imputable al que lo tenga”: “supóngase —le dice el examinador— que envían a casa de usted un oso de Siberia: aplique ese artículo a tal situación...”

El alumno no responde. El alumno mira en todas direcciones y sigue el silencio. El alumno parece que va a hablar pero no dice nada: “bueno, señor, apure, porque el tiempo pasa...”, le urge el profesor.

“Sí, señor... —titubea el estudiante— “es que... pero, dígame, doctor ¿qué hago yo con el oso en casa?...”

Cambiemos los términos y preguntémonos, ¿qué hará el oso con nosotros adentro de casa?

Señoras y señores, los males de adentro, las crisis de la economía, de las finanzas; las crisis de los gobiernos, las crisis de la autoridad, son fenómenos más o menos comunes a todos los pueblos: lo grave, lo desesperante es la crisis moral, es aquella en que se pierde la fe en la palabra. Estamos en ella,

está perdida la confianza en la política por obra de quienes la han separado de la moral: el pueblo ya no cree. Su retraimiento tiene esa sola, esa única causa...

Afirmase que hay estado de derecho pero, más parece, un estado de desconfianza y hastío, presagio de nada bueno...

La política alejada de la moral, es tanto como la ley desprovista de justicia; ambas situaciones son amargo origen de horas inquietantes que el pueblo se resiste a vivir otra vez...

El 24 de abril de 1962, la Academia resuelve hacer pública su completa disconformidad con la actuación de la Delegación Argentina, ante la Conferencia de Cancilleres efectuada en Punta del Este, en cuanto se negó a apoyar la adopción de medidas eficaces contra el régimen imperante en Cuba.

El 3 de setiembre de 1962, la Academia se informa del fallecimiento del Presidente Dr. Bioy; en homenaje a cuya memoria y luego de escuchar palabras de elogio del Vicepresidente 1º Dr. Rivarola, los Académicos se ponen de pie.